

Logocratismo: el término impacta. Imposible no reaccionar. Es verdad, ante todo, que la palabra, el verbo, ejerce un tipo de poder absoluto sobre la condición del hombre, de los hombres. ¿Podría ser de otro modo? "El pensamiento constituye la grandeza del hombre", y Pascal insiste "el hombre está evidentemente hecho para pensar". Ahora bien, el pensamiento se expresa, engendra el discurso, requiere la palabra incluso interior, y su discurso desemboca en un juicio. ¿Logocratismo? ¿O necesaria verdad de la que no puede prescindir el hombre?

El cristiano siente que el término es más abusivo aún. ¿Acaso su fe no le hace acoger la revelación de Dios como una Palabra? Neologismo por neologismo, el cristiano aparece entonces como sospechoso de logolatría. ¿Qué hacer? "A Dios, nadie lo ha visto jamás; el Hijo único, que está vuelto hacia el seno del Padre, él, lo ha dado a conocer". El Verbo se hace carne y nos habla de Dios en nuestro lenguaje humano.

Por otra parte, uno puede dejarse atar a los términos, los servidores de la palabra, y quedarse allí. Verificar la práctica de la palabra no carece de interés. Porque el lenguaje trasmite nociones, ¿pero, trasmite no obstante verdaderamente la experiencia, "lo que trae la paz, la capacidad de dar, de pensar, de esperar?" El problema está bien planteado. Para resolverlo honradamente, es menester tomar conciencia de la propia práctica de la palabra. Es necesario cuestionarse, referirse tanto a su propia historia personal, como a su propia manera de vivir. Por lo tanto, pienso que nadie podrá reprocharme porque me interrogue sobre la práctica monástica de la palabra.

El monje es un hombre del silencio porque, en el centro de su vida, está la palabra de Dios. "Poder que obra y luz que revela",¹ la palabra de Dios lo llama para conducirlo por un camino, que es el del desierto. Y, aun cuando se organice en vida común, la vida monástica cristiana no puede hacerlo sino en torno a la palabra de Dios. El espacio de vida que construye, por ejemplo, la Regla de San Benito, no es otra cosa que una escuela del servicio del Señor donde los ojos se abren a la luz que diviniza, los oídos escuchan atentos la voz que enseña. Todo allí toma sentido y figura por el hecho de que se pone en práctica la palabra, ley y medida de todo: *lex divina*. Ella prolonga, en el espacio, el tiempo y la comunión fraterna, la encarnación del Verbo.

Aquí, el ritmo ya no puede ser el del estricto análisis fenomenológico. Está resueltamente invertido. No ya: *decir-leer-escuchar*, sino *escuchar-leer-decir*.

Primero, escuchar: Esta actitud es esencial para quien busca a Dios. Si bien la palabra humana mediatiza la palabra divina, es Dios quien tiene la iniciativa. A la Virgen María toca ofrecer su carne para que allí germine el Verbo. A todo hombre, abrir su corazón en escucha interior para que la Palabra fructifique. "Habla, Señor, que tu siervo escucha".

* *De La Vie Spirituelle*, N° 608, mayo-junio 1975.

¹ *Vocabulaire de Théologie biblique*, art. Parole de Dieu, col. 755.

La ascesis del monje no tiene tal vez otro objetivo que este recogimiento de todo el ser en la escucha y en la fe. Este esfuerzo está significado por el espacio claustral que abre a una soledad silenciosa donde resuena la Palabra. Pero importa aún más ese espacio interior que la humildad va abriendo poco a poco y la estabilidad profundiza. Lo cotidiano de la observancia, en su repetición, lejos de engendrar fastidio, libera una aventura secreta que la liturgia transfigura. Paz, inmensa paz: el asentimiento a Dios deviene posible.

Es un camino. Lo traza el Evangelio. Y si la regla monástica trasmite su disciplina, como se trasmite la disciplina de un oficio, esto no se da sino escuchando cordial y dócilmente. En el camino hay quien nos enseña a poner en práctica la palabra recibida: "Escucha, hijo, las enseñanzas del maestro e inclina el oído de tu corazón, acoge con gusto las lecciones de un padre lleno de ternura, y vívelas fielmente" (cf. *Regla de San Benito*, Prólogo).

Como la palabra divina tiene necesidad de labios humanos para hacerse escuchar por los hombres, es necesaria la mediación de un padre espiritual para aprender a ser monje. Al discípulo sin embargo, le corresponde hacer el pedido. "Dime una palabra..." Constante de los *Apotegmas*: la búsqueda implica a la vez la actitud de escucha y el propósito de poner en práctica la palabra recibida.

Para el hombre bíblico la escucha es ya obediencia. Semánticamente, los dos verbos oír y obedecer tienen en hebreo la misma raíz *shm*. Teológicamente, la fe, si no tiene obras, está completamente muerta (Sgo 2, 17). Es lo mismo que construir su casa sobre arena (Mt 7, 24-27). Pero ¿cómo creer, cómo obedecer, sin antes escuchar?: "*Fides ex auditu*" (Rm 10, 14). Tal es la bienaventuranza de la escucha, tal es también su dificultad: "Felices los que escuchan la palabra de Dios y la guardan" (Lc 11, 28), es decir la ponen en práctica. Uno no puede contentarse con escucharla como una sinfonía de la que se saborea el movimiento, confortablemente sentado en un sillón. En verdad, no es tan fácil apropiarse la oración de Salomón: "Dame un corazón que escuche" (1 R 3, 9).² Y sin embargo, agrega el primer libro de los Reyes: "Agradó a los ojos del Señor que Salomón hubiera hecho esta petición".

Razón de más para que el monje —que no solamente busca a Dios, sino, como dice san Gregorio acerca de san Benito, busca agradar sólo a Dios— comience por escuchar: "Conviene al discípulo callar y escuchar" (*Regla de San Benito*, 6).

Si el escuchar es la actitud básica del monje, la *lectura* es, con el trabajo manual, su actividad esencial, después de la celebración del oficio divino, al cual nada hay que preferir.

Para retomar los términos de que se vale R. Duval, diremos que el carácter primordial de la lectura monástica consiste menos en el hecho de que las palabras son "casi siempre el lugar de lo imaginario, aquello por lo cual podemos dar a las cosas y a nosotros mismos la forma de nuestro deseo" que en su "función de evocación y de apropiación".

Es cierto que en la vida de todo cristiano la lectura —entendamos aquí la lectura

² Cf. Sr. Jeanne D'ARC, *Un coeur qui écoute*, Cerf.

de la Biblia— debiera tener un lugar de preeminencia. Así lo entendían los antiguos que hablaban, en su latín, de *vacare lectioni, studere lectioni, insistere lectioni*.

Que se trate entonces de las recomendaciones de Jerónimo a sus corresponsales, o de un rasgo que Sulpicio Severo destaca en la vida de san Martín, la realidad es la misma, cuya necesidad recordaban Juan Crisóstomo o Ambrosio a sus oyentes: lo que uno hace en la iglesia hay que continuarlo en casa. Solamente al precio de tal esfuerzo, de un esfuerzo asiduo, la función de "apropiación" se puede cumplir. ¡Felices los monjes! Ellos se liberan de una cantidad de cosas para vivir el destino de un hombre que se enfrenta con la palabra de Dios. Así Jeremías: "Tu palabra me fascina". De hecho, aquél que ha gustado esta palabra no la olvida más, la guarda; es para él su vida, su esperanza, su luz, delicias, alegría y alimento. Para quien, día y noche, musita la ley del Señor, un camino de vida se abre. Más tarde, se jalonarán las etapas. Lo que permanecía impreciso en el salterio se volverá sistemático: *Lectio, meditatio, oratio, contemplatio*. Guigues el Cartujo hará de ello "la escala de los enclaustrados".

Bajo el aparente rigor de su progresión, la técnica apunta sin embargo al mismo fin que el lento encantamiento del salmo 118: hacer gustar esa palabra, más dulce que miel en la boca (v. 103; cf. S 18, 11). Amarga también a veces (Ap 10, 10). Poco importa: lo que aquí se busca es no tanto saber sino saborear. No se especula, no se cuestiona, se admira.

De la admiración a la adoración y a la alabanza, no hay más que un paso. La liturgia lo da. Al ofrecer a la Palabra el cuadro de una celebración, de una lectura integrada en un rito, el oficio divino constituye el vínculo entre la Escritura y la tradición oral. El hecho es claro para la Sinagoga. Lo es también para la Iglesia.³ El mismo vínculo existe entre el escuchar y el decir. La Palabra es leída, proclamada, cantada, recitada, porque fue primero escuchada, acogida, aprendida de memoria. *

Esta lectura en que se gusta una palabra, en que uno se maravilla, es posible sólo en ese espacio interior, el corazón, localizado como lugar de resonancia. Aquí los ecos no son estériles, dan vida a una meditación. No en vano María conserva en su corazón todas las palabras pronunciadas en el momento en que se encarna en su seno la única Palabra de Dios. Por algo es que la boca del justo medita "la sabiduría: lo que expresan sus labios, lo ha meditado largamente en su corazón.

Porque uno no siempre lee simplemente para sí. Puede suceder que uno tenga que leer para los demás. ¡Cuánto importa entonces que tal lectura suene con justeza! ¡Que el servicio del Dios verdadero sea bello, armonioso! Esta concordancia compromete la vida entera. Ya se lea la palabra de Dios en el refectorio, ya a los huéspedes que llegan: la lectura, de privada, se hace pública, de solitaria, comunitaria. . . Por consiguiente, la palabra deja de ser sólo para mí y lo es también para mi prójimo.

En esta doble exigencia de servicio y de honradez se funda también el decir. ¿Quién se arriesgará a hablar sino quien antes escuchó y puso en práctica, leyó y meditó?

³ Cf. LE DEAUT, *La tradition juive ancienne et l'exégèse primitive* RHPR, 1, 1971, 31-50.

* (*Aprendida con el corazón*, es la expresión que se emplea en francés). N. del T.

Decir. De mi corazón brota un poema, mas no es ya un texto lo que leo, es mi vida entera lo que expreso. Palabra esencial que religa al hombre al ser, que le permite reunir su ser, ofrecerlo, compartirlo. R. Duval lo nota con justeza: esta palabra "nos centra en una presencia humana". Por el hecho de que expresa al otro quiénes somos nosotros, suscita en él una respuesta al mismo nivel. Entonces es comunicación. De lo contrario es tan sólo mentira, sean cuales fueren los motivos que la hicieron pronunciar.

El riesgo de la posible mentira hace tomar conciencia de una cualidad necesaria de la palabra, sobre todo cuando quiere ser palabra de comunión. La palabra del monje sea verdadera. Muchas veces insiste la Regla de San Benito sobre la autenticidad de las cosas: que lo que es sea lo que es y no otra cosa. Que el oratorio sea lo que dice su nombre: nada se hará en él ni se guardará allí nada que sea extraño a su finalidad (*Regla*, 52); que no se dé paz falsa (*ibid.*, 4); que nadie quiera ser tenido por santo antes de serlo, sino que lo sea primero, para que lo digan con verdad (*ibid.*, 4). A esta misma exigencia responde la armonía requerida entre lo interior y lo exterior de la salmodia, responde también toda palabra. En realidad no es sino el precepto evangélico: "Que vuestro sí sea sí, que vuestro no sea no. Todo lo demás procede del maligno" (Mt 5, 37). Y toda palabra sin fundamento será sometida a juicio (Mt 12, 36).

No basta, sin embargo, que la palabra esté bien fundada, sea auténtica, sea expresión de la experiencia. Es tan seria la razón del silencio monástico, que la palabra podrá ser proferida, exteriorizada, sólo cuando de ella se siga un bien mayor. En el Oficio, en el refectorio, sólo han de cantar o leer —puntualiza la *Regla*— los que sean capaces de edificar a los oyentes. Hoy semejante edificación tal vez haga sonreír. ¡Qué lástima! ¿Se habrá perdido de vista su sentido primero que es el de construir? Esto es, sin embargo, lo que confiere a la palabra monástica una alta nobleza: no sólo debe surgir del ser, sino que todo el sentido de su comunicación está en esa construcción espiritual. Por lo tanto, así como nos es dado apreciar la gravedad del objeto del silencio, también nos es dado apreciar qué serio es el objeto de una palabra tal. Entrega una vida. Pero ¿cómo la entregaría si el que así se da a sus hermanos no vive enteramente bajo la moción del Espíritu?

El monje que se atreve a comprometerse en la palabra sólo puede hacerlo si tiene presentes al Verbo y al Espíritu, cuya acción conjunta es atestiguada por la cruz de Jesús. En ella está sellado el cumplimiento de la palabra del Padre, la misión cumplida (Is 55, 11). ... "e, inclinando la cabeza, entregó el Espíritu" (Jn 19, 30). Es necesario, pues, seguir a Cristo hasta ese extremo del amor, para recibir su Espíritu y poder llevar su palabra, ser sus testigos por toda una vida. Callar y escuchar conviene al discípulo; si Antonio el Grande, Pacomio o Benito, Bernardo o Serafín de Sarov pueden hablar es porque saben por propia experiencia que la palabra es la victoria ganada tras un duro combate, tras larga "agonía".

¿Sólo entre el maestro y el discípulo se daría el intercambio de la palabra? Aun entre los discípulos ya formados, rara será la libertad para tales intercambios, según san Benito. Sin duda porque es más importante la urgencia de comulgar en silencio en el misterio de Cristo. Pero tal vez también, para que los monjes no hablen a la ligera; para que más bien, cuando hablen, tengan presente la palabra de la que son ministros uno para el otro. "Entre nosotros hay sólo intercambios: Dios es el único que da", decía Bernanos. Entonces, la comunicación de la palabra, lejos de ser mur-

muración que destruya, habrá de ser verdadera, constructiva, no al servicio del logocratismo, sino instrumento maravilloso de solidaridad eclesial.

En el fondo, verificar nuestra práctica de la palabra debería dar un nuevo impulso a nuestra experiencia de la acción de gracias. Agradecer es, por supuesto, decir "gracias", pero es decir las por un don recibido y por la bondad del donante, que en él descubrimos.

Ahora bien, la palabra —habla el poeta y éste es Claudel— "es recibida más completamente que el pan y el agua". Se la escucha, se la lee, se la comparte, Dios hace de ella un sacramento. Y agrega Claudel: "El Verbo de Dios es aquel en quien Dios se hizo don posible para el hombre".⁴

Para acoger semejante don y dejarlo germinar en sí hasta que sea posible leer su gozosa noticia a través de todo cuanto se hace y se dice, no sobra toda una vida. Aprender a escuchar. Este es el papel que le toca desempeñar al monje.

*Tradujo: Hna. Edith Scasso, o.s.b.
Abadía Sta. Escolástica, Argentina.*

⁴ P. CLAUDEL, "Cinq grandes Odes", *La maison fermée*.